

HACIA LA CONSOLIDACIÓN DE LA IDENTIDAD

LA JUVENTUD COMO BARÓMETRO DE LA CULTURA



Por
Alfredo Ortiz Frágola

Médico Psiquiatra. Profesor Adjunto de Salud Mental. Facultad de Medicina. UBA. Ex Jefe del Departamento de Salud Mental del Hospital de Clínicas.

La juventud se vive en la interacción de las tendencias al desarrollo del sujeto, el variado universo de las variables socioeconómicas, y las presiones y modelos que emergen de la cultura y de los subgrupos inmediatos al sujeto. Así es como se convierte en un indicador implacable de los logros y fracasos de la sociedad, modelada por la naturaleza de la adultez de esa cultura, sobre la que ejerce a su vez una influencia recíproca. Mientras los jóvenes de hoy atraviesan esta etapa que lleva a la consolidación definitiva de la identidad, su mundo cambia. Si hay progreso, hay cambio cultural, y son los jóvenes quienes señalan con nitidez ese cambio inexorable.

Paradojas de la vida. En algunos momentos inciertos de la adolescencia, hay jóvenes que no ven la hora de llegar a la adultez. De acceder a los privilegios propios de los mayores. Quieren dejar de ser relegados, quieren competir en primera división. Necesitan el pase, el registro para conducirse en la vida. Necesitan poder elegir su propio camino, más allá de las preferencias de quienes tienen todavía el poder de decidir sobre su existencia. Sueñan con el momento del egreso, de la graduación, el momento de saltar las últimas vallas que los separan de la libertad de ejercer el dominio para el que se sienten preparados. La impaciencia es inevitable, el tiempo se siente lento, más aún cuando los veteranos se aferran a sus poderes, grandes o pequeños, y no ceden fácilmente su lugar en el escenario.

Por supuesto, los adultos más sanos y satisfechos son capaces de acompañar con generosidad, de compartir, alentar y generar discípulos sin cerrarles las puertas. Esos adultos sacan boleto para la estación siguiente y dejan lugar libre en el andén. Pero no siempre es así. Porque algunos adultos pretenden boleto de ida y vuelta.

La paradoja estriba en que, en las generaciones anteriores, la abundancia de historia ya pesa demasiado, ya se siente en el cuerpo, ya se observa a simple vista. Entonces esos adultos reticentes vuelven la mirada hacia los jóvenes que vienen detrás, empujando en el ranking desde abajo. Y si no logran encontrar el sentido a su propio momento, esos adultos, que Giles Lipovetzky ha llamado “adultescentes” intentan por una doble vía enfrentar la amenaza del tiempo.

Algunos, con más ilusión que criterio, tratan de parecer nuevamente jóvenes, a través

de un disfraz, vistiéndose a su estilo o recurriendo a alguna discreta cirugía plástica para borrar las huellas. Se aferran a sus posiciones y finalmente resultan ser una caricatura de lo que fueron. Otros, en vez de colgarse del hoy, se inclinan al ayer, y buscan el consumo regresivo, navegando en la nostalgia de los objetos, las ideas, los lugares y las experiencias de otras épocas. Intentan una especie de congelamiento del tiempo. Naturalmente, ésto aburre o exaspera a los jóvenes, que sienten los obstáculos y demoras.

Décadas atrás se consideraba que la adolescencia era la adaptación del sujeto a los cambios biológicos que sobrevienen en la pubertad, en forma especial, la maduración de la sexualidad. Hoy sabemos que la adolescencia es eso y mucho más. Es un complicado proceso que tiene su faceta biológica, desde lo endócrino hasta la maduración definitiva del sistema nervioso central. Pero implica también transformaciones de la personalidad y de la relación del individuo con el medio que lo rodea.

La juventud se vive en la interacción del empuje de las tendencias al desarrollo del sujeto, el variado universo de las variables socioeconómicas y las presiones y modelos que emergen de la cultura en sentido amplio, y de los subgrupos inmediatos al sujeto. Así entonces, tal como ha señalado Aaron Easman, la juventud es un singular barómetro de la cultura, es un indicador implacable de los logros y fracasos de la sociedad. Es también modelada por la naturaleza de la adultez de esa cultura, sobre la que ejerce a su vez una influencia recíproca. El perfil juvenil es influido por el nicho ecológico en que le toca desenvolverse a cada joven, por el contexto económico que comparte, y por las actitudes que cada sociedad impone a la expresión instintiva y a las posibilidades de autorrealización. En otras palabras, las posibilidades del despliegue del sí mismo (el "self"), lo que incluye un vector temporal hacia adelante, hacia el futuro.

Mientras los jóvenes de hoy atraviesan esta etapa que lleva a la consolidación definitiva de la identidad, su mundo cambia. En el centro y en los márgenes, se asiste a una explosión en la comunicación y en la informática. Pero el desarrollo tecnológico, que se asocia a algunos beneficios de la industrialización y la comunicación, no puede lograrse sin pagar el precio de la transformación cultural. Si hay progreso, hay cambio cultural, y son los jóvenes quienes señalan con nitidez ese cambio inexorable.

Es innegable que muchos adultos se asustan, otros a veces se preocupan, pero mantienen la confianza. Y esa preocupación se corresponde con muchas realidades de la juventud actual, aunque también con algunas fantasías sensacionalistas, apocalípticas o al menos inquietantes por su desmesura. Claro, como decíamos recién, el joven es barómetro y a la vez es un potente amplificador que informa sobre la sociedad, pero no con ingenuidad o benevolencia sino con registro crítico, a veces derrotista, a veces entusiasta y esperanzado.

La moral del individuo de nuestro tiempo -que bien describía el sociólogo francés Giles Lipovetzky en uno de sus últimos textos, La felicidad paradójica,- comparte mucho con la



juventud

inestabilidad adolescente, oscilando sin cesar entre pesimismo y optimismo, depresión y excitación, abatimiento y euforia, sensación de vacío y proyecto movilizador, digamos que se nos presenta como un yoyó. La sociedad de hiperconsumo, dice Lipovetzky, no es ni la tierra prometida ni un valle de lágrimas, es una sociedad de trastornos y estímulos, de aflicciones y renacimiento subjetivo.

Pero claro, esa sociedad en la que la gente parece expresar sin tapujos sus deseos de proximidad emocional, de comunicación intensa y frecuente, es una sociedad promotora de fuertes y sistemáticas decepciones. Y resulta que ese ambiente, el cultural y el familiar, es nada menos que el oxígeno psicológico del individuo, que de buena o de mala manera silenciosamente lo nutre y lo sostiene. Pero siempre le es indispensable. Como el oxígeno que respiramos, cuando es suficiente y bueno, no se percibe; en cambio, se hace notar cuando falta o cuando está enrarecido.



Esto implica que el desarrollo humano saludable requiere de la existencia de un medio ambiente que, como decía el pediatra y psicoanalista Donald Winnicott, debe ser facilitador del crecimiento. Ese ambiente que en lo inmediato es la familia y en lo amplio la sociedad en su conjunto, habrá de ser suficientemente capaz de contener y sostener al sujeto que crece. Al mismo tiempo, progresivamente va a fallar, no va a acertar en brindar una satisfacción total de las necesidades. Pero si las fallas son moderadas, no resultan traumáticas. En tanto sean fracasos no devastadores, también le servirán al

CUANTO MÁS DESORGANIZADA ESTÉ LA ESTRUCTURA FAMILIAR MENOS RESPALDO TENDRÁ EL JOVEN PARA ENSAYAR, PARA BUSCAR, PARA TESTEAR MODELOS VARIADOS DE IDENTIFICACIÓN SIN SUFRIR MAYORES CONSECUENCIAS

sujeto para ir configurando su propia estructura mental, su propia identidad y, con ella, la autonomía. De ese modo, podrá progresivamente afrontar las situaciones de crisis de manera que le servirán para ir hacia adelante, en vez de retroceder. Es decir, afrontar la crisis y salir fortalecidos.

¿Y en qué consiste la crisis?

La crisis vital de la juventud implica una profunda transformación de las estructuras del psiquismo y de la inserción social del sujeto. Esta transformación personal genera diversas manifestaciones que esquemáticamente podemos agrupar en cuatro áreas: la identidad; el cuerpo y las funciones vitales (sueño, alimentación, sexualidad); los procesos mentales que incluyen las capacidades intelectuales y el estado de humor, y los problemas de la acción, lo que en psicología se llama el paso al acto.

Todas esas áreas se modifican, demandan esfuerzos del joven y de quienes le rodean, y también son fuente de conflictos, desencuentros y turbulencias. Pero esto no es más que el desarrollo normal. Cuando las manifestaciones son intensas se genera sufrimiento significativo para todos.

Ahora bien, así como la juventud es un barómetro de la cultura, es decir, expone los rumbos, las aristas, las grietas de la sociedad a la que pertenece, también el sentido inverso es válido: el ambiente en el que se desarrolla el sujeto influye de manera determinante en la forma que toma la transición, y modela

el estilo, la fachada y el interior de la cultura juvenil.

DE LA MORATORIA PSICOSOCIAL AL CAMPO VIRTUAL

La tarea de búsqueda y desarrollo de la identidad está en el centro de la problemática juvenil. Erik Erickson describió lo que llamó la “moratoria psicosocial”, ese margen de maniobra que el entorno social debe brindar al joven para que pueda ensayar sin peligro los roles, los vínculos, la forma de participar en las relaciones con los demás. Es un período de prueba sin consecuencias, hay derecho a la devolución. Claro que no todos los jóvenes pueden darse ese lujo. Por ejemplo, cuanto más limitados sean los recursos económicos, más temprano tendrá el joven que lanzarse al mercado laboral, aún desde la niñez. Ahí casi no hay moratoria posible.

Cuanto más desorganizada esté la estructura familiar menos respaldo tendrá el joven para ensayar, para buscar, para testear modelos variados de identificación sin sufrir mayores consecuencias. En esos casos, el joven se ve precipitado hacia el mundo adulto, y en ese apuro hay más riesgo de equivocarse, hay menos margen de maniobra.

La moratoria psicosocial es como un terreno para las pruebas, los ensayos. Y el mundo que vivimos hoy ha generado también un terreno especial para esos ensayos. Nos referimos al campo de lo virtual. La construcción de nuevos roles se ve favorecida por la posibilidad de ingresar a un mundo ficticio, intangible, donde se ensayan acciones que todavía se temen instalar en la realidad concreta. Por supuesto que esta alternativa tiene también sus riesgos, como cuando la facilidad y la carencia de compromiso se tornan adictivas. Allí, el mundo de prueba se torna un obstáculo para el acceso al mundo real. Se pueden tener muchos contactos, muchos amigos en la Web, pero no verdaderos vínculos. La máscara no deja ver la verdadera identidad, pero debajo de la máscara no hay nada, o hay algo que infunde temor, como en el cuento de Allan Poe.

En nuestra “modernidad líquida” agudamente descrita por Sigmunt Bauman, el hombre está abarrotado de conexiones virtuales, de contactos, pero con escasez de vínculos profundos, persistentes. Hay una enorme transparencia que deja ver aspectos de la intimidad, pero hay poca consistencia, al menos para



muchos que sienten desamparo, soledad y vacío, aún cuando tengan acceso a bienes materiales y a experiencias intensas, aún cuando se esté siempre localizable y siempre interconectado. Ni qué hablar si a eso se suma la desagradable imposibilidad de conseguir aquellas cosas que se publicitan como indispensables para vivir bien, para ser alguien. En una ironía de la época, se consume mucho más, pero también aumentan los sentimientos de exclusión.

La juventud se tiñe con colores adolescentes en sus primeros años, pero sus características van más allá de esa fase evolutiva, en tanto se continúa hasta el principio de la adultez. De allí que para muchos hablar de jóvenes implica referirse a aquellos que compartiendo actividades, profesiones, lugares en el escenario social, son los de menor edad, los recién llegados: “deportistas jóvenes”, “políticos jóvenes”, “profesionales jóvenes”, etc. Allí, el calificativo de joven se torna relativo. Jóvenes son simplemente los de menor edad que el observador, y se le adjudican las características buenas o malas de la juventud, aunque haga ya largo rato que se dejó esa etapa atrás. Digamos que hay un concepto universal de juventud. Pero se puede ser joven, maduro o viejo a diferentes edades, según la tarea que se enfrente. A los 40 años, por ejemplo, se puede ser un catedrático joven o un futbolista viejo.

El cuerpo es el territorio donde se instalan los cimientos de la personalidad. Un terreno inestable aún, sujeto a cambios y crecimiento, en un marco de vaivenes emocionales, terremotos y tifones. Una fuente de bienestar, placer y sufrimiento. Es un período de mucha necesidad de auto observación, de vigilancia y preocupación por el funcionamiento del organismo, por el aspecto y por los posibles defectos que dañan la autoestima.

Desde lo psicológico es fácil relacionar estas cavilaciones que a veces llegan a tornarse preocupaciones hipocondríacas, con el desarrollo de la sexualidad. Si llega a haber dificultades en la consolidación de la personalidad es usual que se pongan de manifiesto en el campo de la vida sexual.

La sociedad de hoy otorga más permisos, pero no logra eliminar los problemas del sexo y el amar. A lo sumo cambian las secuencias: antes se amaba y luego se tenía sexo, hoy se tiene sexo y luego se ama. O si se tiene suerte las dos cosas al mismo tiempo.

El cuerpo y la sexualidad preocupan y también entusiasman a los jóvenes. Algunos pueden disfrutarlos; para otros, son motivo de pesar o de tormento. A su vez, los adultos que los rodean viven estos eventos según les haya ido en su propia historia. Aquellos que más dificultades hayan tenido en su propia juventud son los que más se inquietan y tienden a sancionar,



juventud





reprimir o estimular sin aceptar el tiempo que a cada uno le toca, o sin la templanza para esperar a que las cosas se den o se regulen en forma espontánea.

En cambio los adultos que vivan o hayan vivido su sexualidad de manera gratificante y con pocos sobresaltos, son más benignos a la hora de juzgar y más pacientes a la hora de aceptar.

En el tiempo de hoy los jóvenes y los mayores encuentran un acceso más fácil al goce de los sentidos. Sin embargo, no ha perdido terreno la profunda necesidad del afecto mutuo, el energizante empuje que otorga el ser valorado y reconocido en la propia subjetividad.

Dijimos que el cuerpo, a través de la sexualidad y de la búsqueda de la identidad, cobra protagonismo especial en la juventud. Es un tesoro valioso y venerado, cuidado o maltratado. Es fuente y objeto del deseo. Contribuye a la construcción o al derrumbe de la identidad.

Lipovetzky ha señalado cómo muchos comportamientos ponen de manifiesto que en la actualidad el cuerpo tiende a considerarse un elemento que se puede corregir, transformar o deformar a voluntad, como un objeto totalmente a disposición del sujeto. La cirugía estética, las dietas restrictivas y las gimnasias intentan modelar a pedido la corporalidad. Y un poco más, el consumo de fármacos o sustancias de todo tipo sirve para “gestionar” los problemas existenciales y los dolores de la vida, en un intento vano de suprimir por completo el sufrimiento.

Los jóvenes no son ajenos a estas tendencias contemporáneas, y en tanto su cuerpo se encuentra en el centro de la escena, son proclives a incorporar intensamente estos recursos.

En la juventud, el cuerpo como superficie también resulta escenario de vivencias propias del desarrollo, de tendencias impuestas desde lo social, y a veces de sutiles tramas patológicas.

La realización de las llamadas “modificaciones corporales” se remonta a momentos muy antiguos en la historia de la humanidad. Pero, desde los años 70 en forma paulatina, y en la última década en forma acelerada, los tatuajes y piercings han sido redescubiertos por la cultura occidental y han pasado a ocupar un lugar destacado en las tendencias de la moda posmoderna. Aparecen en todos los sectores de la sociedad, desde lo sofisticado hasta lo marginal o carcelario.

En muchos jóvenes, esta incursión en el “body art” se asocia a una suerte de toma de posesión de su propio cuerpo, una reafirmación de su lucha por la independencia frente a las expectativas parentales, una tenue consolidación de la identidad emparentada con los rituales de iniciación. Es siempre más frecuente en aquellos jóvenes con fuerte tendencia a la búsqueda de sensaciones y novedades. En algunos casos, también guarda asociación con experiencias mucho más patológicas como el cortaje, las adicciones y algunas perturbaciones de la personalidad.

Pero no puede negarse que la difusión masiva de este particular cultivo del cuerpo y sus superficies instala a su práctica en el terreno de lo normativo, lo propio del desarrollo. De ahí que hoy en día están sujetas a controversias las investigaciones sobre estas conductas y su ubicación en los campos de lo médico y lo social.

Aunque no han pasado tantos años, desde el inquietante “Hombre Ilustrado” de la novela de Ray Bradbury hasta Lisbeth Salander, la querible heroína marginal del “Millenium” de Stieg Larson, se ha recorrido un largo camino, que culmina en la inocente mariposa tatuada en el cuello o el tobillo de una joven estudiante.

La juventud merece un lugar central en nuestra civilización. Para que pueda ocuparlo es necesario valorar su potencial renovador y su empuje ilimitado, tolerar el caos en dosis reguladas, afrontar con límites claros cuando se haga necesario, aguantar el desconcierto, respetar su inmadurez y esperar con confianza su desarrollo pleno.



UBA
Universidad de Buenos Aires

Un espacio para pensar, debatir
ideas, informar y hacerse escuchar.



UBA 87.9
la radio de la UBA

ENCONTRÁNOS EN: www.uba.ar/radiouba  